

joven, había buscado en el hospital un triste y postrer asilo, y se dijo:

—¿Por qué hemos sido tan desgraciadas?
¿Es Dios justo? ¿Hay un Dios?

IX

Fernando Lahousse, se fue con paso ligero á casa de Rosina, no experimentando otro sentimiento que el placer de verse libre de las quejas y de las lágrimas de su mujer: ¡iba á ver á Rosina! A Rosina, tan alegre y tan traviesa; á Rosina que reía siempre y no lloraba jamás.

Caminaba con paso apresurado; mas al llegar á la puerta de la casa, vió que estaba cerrada, y que la llave no se hallaba en la cerradura.

Una complaciente vecina apareció, y le dijo con tono malicioso:

—Rosina ha ido al teatro á Lille, no sé si vendrá á acostarse.

—¿Se ha marchado sola?—preguntó Fernando con voz ahogada.

—No puedo deciros nada; ¡esa muchacha conoce mucha gente! ya es Pedro, ya es Pablo, que entra y que sale; el humo se ve, pero no el fuego...

Fernando debía tener un corazón, porque

se sintió preso en el dogal de los celos; por largo tiempo anduvo errando por la calle desierta; después de muchas horas vió llegar á Rosina, riente y habladora, apoyada en el brazo de un joven; éste se despidió de ella á la puerta de la casa, y se marchó con el cigarro en la boca y el estribillo de una canción entre los labios; el obrero le siguió con los ojos y sin pensar en volver á ver á Rosina fue á concluir la noche en el café.

Al día siguiente, á la hora del almuerzo, Fernando llamó á la puerta de la pequeña habitación ocupada por la parisién.

—¡Entrad!—dijo una voz clara.

Fernando obedeció, y se halló en un cuartito de un aspecto alegre, alumbrado por un rayo de sol, y adornado de enormes ramilletes de dalias y de margaritas.

En medio de las flores, Rosina trabajaba, porque era una hábil obrera; sus dedos rosados y ligeros manajaban con gusto el tul y las cintas, y cultivando esta industria de lujo, podía ser limpia, compuesta y coqueta á su gusto.

—¡Buenos días! — dijo al ver á Fernando;—¿qué milagro es veros? ¡Yo pensé que habiais partido para California!

—He venido anoche, y estabais en Lille.

—¿Necesitaba vuestro permiso? ¡Creo que ya soy mayor de edad!

—¡No habéis ido sola, Rosina!

—¡Es posible!

—¡Os han acompañado hasta la puerta!

—¡Puede ser!

—¡Hice muy bien en no subir, porque hubiera roto la cabeza á ese hombre!

—¡Cielos! ¿De modo que sois feroz? ¿No se puede aceptar la cortesía de nadie?

—No soy amigo de refír; pero no quiero, Rosina, que tengáis amigos.

—¿Y qué derecho tenéis sobre mí? ¿Acaso me mezclo yo en las cuentas de vuestra casa? ¡Podía estar celosa de vuestra feroz mujer!

—¡No me habléis de ella, que estoy muy harto!

—¿Os regaña, eh? ¿y acaso por mi causa? pues que se tranquilice, que no la molestaré: me voy á París.

—¿Qué decís?

—La verdad: ¿acaso pensáis que me voy á estar aquí toda la vida? ¡aquí se vuelve uno bestia! yo vine aquí con Morel: pero ahora que todo ha acabado entre los dos, me voy: los parisienses no pueden vivir fuera de París: á mí me hacen falta los boulevares, la Gaité, el cercado de las Lilas y quiero estar allí antes que se acabe el otoño.

Fernando Lahousse, reflexionaba en tanto que hablaba la joven y sin que se diese cuenta de ello, estaba en la hora decisiva de su vida: comparaba aquella mujer bonita, animada, provocadora, que reía, cercada de flores y de claridad, á Eufrasia y á su hija, pálidas y enfermas los dos, viviendo en aquella misera habitación, sin fuego y sin sol, y no se preguntaba si aquel triste cuadro era su obra, tanto era lo que su alma se

inclinaba á lo que agradaba á sus ojos, y sonreía á su espíritu.

Jamás había sido en él la conciencia el contrapeso de los sentidos.

—¿Os empeñáis en iros á París?—preguntó pensativo.

—Me empeño,—respondió Rosina:—aquí me aburro.

—¿Y os iréis sola?

—Eso depende, contestó la joven dirigiéndole una mirada provocativa, de que halle una compañía que me agrade.

—¿Y si la halláis?

—No me iría sola.

—Rosina,—dijo Fernando, cuyos ojos brillaban,—es inútil que andemos con rodeos: ya sabéis que os amo: ¿me queréis por compañero?

—¡Vos!—exclamó Rosina—¿habláis seriamente? pero ¿y vuestra mujer? ¿con su genio feroz os hará volver á casa á paso redoblado!

—Lo veremos: ya hace tiempo que estoy harto de ella, y ahora es la ocasión de salir.

—Yo no andaré tampoco con rodeos: mi divisa es *todo ó nada*: me voy de aquí porque tengo miedo de esa mujer que tenéis, tan flaca, tan fea y tan furiosa; si me queréis, seguidme, y en París trabajaremos los dos, y nos divertiremos grandemente.

Cuando por la noche volvió Fernando á su casa, preguntó á su mujer con un acento más dulce que de ordinario, que por qué había llorado.

— Porque no hallo trabajo, dijo ella: la dueña del almacén no tiene ya qué darme.

— ¿Por qué no vas á buscarlo á Lille? — preguntó Lahousse; — allí hallarás, sin duda, y mejor pagado.

— ¿Lo crees así? — preguntó Eufrasia.

— Es cosa segura: ¿quieres probar? si quieres toma dinero para pagar el viaje.

Eufrasia miró sorprendida á su marido.

— ¡Fernando! — exclamó: ¡eres bueno todavía! y si quisieras... si quisieras... aún podríamos ser dichosos!

Lahousse volvió la cabeza y dijo con tono brusco y embarazado:

— ¡Déjame en paz, y no hables de lo que ha pasado!

— ¡La dicha pasó, es verdad! ¡pero la desgracia podía pasar también! — dijo la joven tímidamente.

— Sin duda, sin duda: pero la niña empieza de nuevo su cantinela: procura que se calle, para que yo pueda dormir, pues me voy á acostar.

— Ya no llora, dijo la pobre madre tomando á la niña en sus brazos: ¡toma, dale un beso!

Fernando dió un beso á la niña que se sonrió.

Si Eufrasia le hubiera mirado en aquel instante, quizás hubiera adivinado la terrible verdad.

Al día siguiente, por la noche, Eufrasia, llevando en los brazos á su pequeña y delicada Elisa, se apeaba de unos de los coches

de tercera del tren de Lille: parecía fatigada y triste: había andado mucho en la ciudad y sin ningún fruto, pues volvía sin trabajo y sin esperanza de obtenerlo.

— ¡He hecho cuanto he podido! se decía al volver á su casa, abrumada por la abundante lluvia que caía: ¡Fernando no me reñirá! ¿quién sabe? ¡acaso tendrá lástima de nosotras, y me dará su jornal: podremos pasarlo bien, porque yo seré aún más económica que hasta aquí... además, buscaré en qué ocuparme para no servirle de carga: yo lo haré todo si él quiere hacer algo, y tal vez quiera, porque ayer me habló con menos dureza!...

Meditando así llegó á su casa: dos ó tres vecinas que hablaban en el descanso de la escalera, empezaron á cuchichear al verla volver, y la miraron con aire de conmiseración.

Eufrasia subió la escalera, y quedó yerta de asombro al ver de par en par la puerta de su habitación: entró, tendió los ojos por el cuarto y lanzó un grito desgarrador: todo estaba vacío y desocupado; la cuna y la cama era lo único que quedaba, con una silla rota: los muebles, la estufa, el espejo, el reloj, las estatuitas de yeso y de porcelana, ¡todo había desaparecido!

— ¡Nos han robado! — exclamó la desgraciada: — ¡oh, Dios mío! ¿quién habrá sido?

Las vecinas, atentas y curiosas á lo que decía, acudieron al instante.

— ¡Pobre mujer! — exclamó una.

—¡Es preciso que ese hombre sea bien infame!—dijo otra,—si no tiene entrañas para su mujer, ¿no debería á los menos tenerlas para esa pobrecita inocente?

—¡Cómo! ¡qué decis! Fernando... exclamó Eufrasia con una angustia indecible.

—Pobre mujer, vuestro marido ha venido esta tarde con un predero, y se lo ha vendido todo: le hemos reconvenido, y nos ha dicho que estaba en su derecho: luego ha cobrado, se ha metido el dinero en el bolsillo y se ha ido.

—Sí, dijo otra vecina: se ha ido á París con una bribonzuela que vale tanto como él: una muchacha que se llama Rosina!

—Vamos, consoláos, madama Lahousse,—añadió la de más edad: ¡no merece ese hombre ni que penséis en él!

Eufrasia permaneció inmóvil con los ojos extraviados, y repitió maquinalmente:

—¡Se ha ido! ¡se ha ido para siempre!

Ni una lágrima salía de sus ojos: las vecinas empezaron de nuevo á hablar contando cada una lo que sabía: cual había visto al predero: cual los muebles que se llevaba: otra decía que su marido había visto á Fernando y á Rosina que tomaban sitio en uno de los coches del tren de París: todas se preguntaban, se contradecían, y cada una procuraba demostrar que ella sabía la historia mejor que sus compañeras.

La hora de la cena interrumpió su charla: los maridos, empezaron á llamarlas; la más anciana volvió al cabo de un instante y co-

loco un pedazo de pan y un plato de sopa sobre la única silla del cuarto del Eufrasia, diciendo á esta:

—Vecina, aquí tenéis algo para cenar.

Eufrasia inclinó la cabeza en señal de gratitud: y así que se halló sola, corrió á cerrar la puerta y puso el cerrojo.

Hallábase sola, en fin, y podía saborear su desgracia; esta era completa: ¡el abandono, la miseria, la desesperación habitaban en aquel recinto al que había vuelto por la noche, llevando en el corazón una última esperanza!

Sentóse tiritando sobre su lecho; estrechó contra su pecho á la niña que dormía, y miró sin lágrimas aquellas paredes que le aparecían desnudas y desoladas como su alma.

Fernando había partido: ¡Fernando la abandonaba á ella, á su mujer y á aquella desgraciada niña! ¡La abandonaba después de haberlas despojado odiosamente, é iba á gozar con otra criatura despreciable del fruto de su espoliación!

Quizás se reía él en aquel instante de su amor y de su credulidad. ¡Eufrasia creía verle, oírle, y se veía á sí misma en la soledad, en las tinieblas, en el aislamiento!

A estos pensamientos, una fiebre devoradora arrojó el frío que poco antes la helaba; su sangre hervía en sus venas, y le parecía que si tuviera allí á su rival, le hubiera parecido poco la vida de aquella miserable mujer para que pagase las torturas que le hacía sufrir!

¿Cuánto tiempo se pasó así?

Eufrasia no ha podido decirlo jamás.

Los gemidos de la niña despertaron su instinto maternal, y aproximó á su seno la pobre criatura: esta abrió la boca con avidez, más al cabo de un instante sus gemidos empezaron de nuevo; la leche se había secado en el seno maternal y aquella fuente de vida no existía ya.

La niña gimió dolorosamente, y se agitó buscando su alimento en el pecho que acababa de agotarse por la fatiga y el dolor: su lloros redoblaron.

— ¡Tu padre te condena!... dijo Eufrasia á media voz: ¡quiere que mueras!... ¡calla! ¡calla! ¡no quiere oírte llorar! ¡no quiere que vivas!... ¡cállate, digo!...

Apoyó su mano con fuerza sobre la boca de la niña, que se agitó débilmente y calló en efecto: la mano quedó inmóvil, y pesando sobre los labios, de donde el soplo de la vida había huído!

Todo era silencio en aquella habitación, cuando las vecinas entraron por la mañana, llevando un poco de pan y leche.

La niña, pálida y helada, estaba tendida sobre el lecho.

La madre, de rodillas, tenía sepultada la frente entre las ropas de la cuna vacía.

— ¡Ella la ha asesinado! — gritó una de las mujeres: ved la boquita de la criatura, toda magullada!... ¡oh! ¡la miserable ha muerto á su hija!

Otras vecinas corrieron, la sacudieron los

brazos, la hicieron levantar, la preguntaron, la llenaron de injurias; exasperadas por una furia maternal, le enseñaron la niña muerta y helada, y la amenazaron; pero Eufrasia no respondió.

Llamaron á la policía y una hora después Eufrasia, sombría, pálida y silenciosa partió para Lille, escoltada por gendarmes, en medio de las invectivas y de las amenazas de las mujeres del barrio.

XI

El castigo

El Jurado se hallaba abrumado de fatiga: la atención de los magistrados, por acostumbrados que se hallen á la reconcentración de la misma, empezaba á cansarse, cuando después de dos infanticidios, dos robos calificados, y una reyerta en que había habido golpes é incapacidad de veinte días de trabajo, la voz monótona del ugier, anunció:

Eufrasia Senechal, esposa de Lahousse.

La acusada entró, escoltada por los gendarmes y fue á sentarse sobre el fatal banquillo.

Hallábase este colocado de suerte que los

Jurados pudiesen ver el semblante del reo y leer en su fisonomía esas impresiones fugitivas, esas palideces, esos rubores que venden frecuentemente el secreto que la boca no ha querido confesar.

Desde que Eufrasia se sentó, todos los ojos se fijaron en ella: se vió un rostro horriblemente pálido, unos ojos hundidos por el insomnio, unos labios contraídos y una mirada resuelta y terrible, que erraba inquieta como la de un animal feroz cogido en el lazo.

El escribano leyó con voz acentuada el acta de acusación: la culpabilidad parecía establecida de una manera evidente, y el carácter de Eufrasia aparecía bajo odiosos colores: todos los rasgos de vivacidad que se habían notado en ella, todas las palabras violentas que se la habían escapado en las disputas con sus vecinas ó con sus compañeras de trabajo, todo lo que la impetuosidad de la sangre y la ausencia de la educación habían podido dictar de acciones fogosas y de palabras irreflexivas, se había buscado, combinado, arreglado sobre la paleta de la instrucción, y contribuía á formar un retrato poco semejante quizá al original, pero seguramente espantoso y repugnante.

Los Jueces escucharon con la más grande atención, y luego reinó un largo silencio.

— Por fin, el Presidente, dijo á la acusada:

— Levantáos.

Esta obedeció.

— ¿Cuáles son vuestros nombres y apellidos?

— Eufrasia Senechál, esposa de Fernando Lahousse, — respondió la acusada con acento duro.

— ¿Cuál es el lugar de vuestro nacimiento?

— Roubaix.

— ¿Qué edad tenéis?

— Veinte y seis años.

— ¿Tenéis hijos?

Eufrasia, sin hablar, hizo con la cabeza un signo negativo.

— No tenéis hijos, puesto que estáis acusada de asesinato, sobre la persona de vuestra hija única, Elisa Lahousse: ¿os reconocéis culpable?

Eufrasia alzó sobre el Presidente una mirada de fuego, y respondió:

— ¡Hay alguno más culpable que yo!

— ¿Qué queréis decir?

La acusada no respondió nada: el Presidente continuó su interrogatorio:

— ¿El día del asesinato habíais ido á Lille?

— Sí.

— ¿Con qué motivo?

— Fui á buscar trabajo, pues en Roubaix no tenía: tampoco allí encontré.

— Volvisteis á vuestra casa llevando la niña en los brazos, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¿Qué habéis hecho entonces?

— ¿Qué había de hacer? ¡mirar!

— ¿El qué?

— Mi habitación, donde no había ya nada: mi marido, el padre de mi hija, lo había vendido todo para irse con su querida.

—¿No recibisteis algún socorro de vuestras vecinas?

—Sí: un pedazo de pan.

—¿Os quedasteis sola?

—Sí.

—¿Y qué pasó entonces?

—¿Lo queréis saber? La niña gritaba: yo la di el pecho: estaba seco, y ya no tenía leche.

—¿Y después?

—La niña lloraba mucho.

—¿Y luego?

—No tenía nada que darle: sufría mucho: pensé que se iría al cielo.

—¿Confesáis, pues, haber muerto vuestra hija por la compresión de los órganos respiratorios? ¿la habéis sofocado?

—Sí... ¿pero el otro culpable dónde está? ¿desde que he venido le estoy buscando y no le veo!

El Presidente guardó un instante de silencio.

—Calmáos,—le dijo: vuestro marido es muy reprehensible; pero vos sola sois culpable: ¿cómo puede haber una madre sin piedad para el fruto de sus entrañas?

—¡Yo he tenido piedad de Elisa!—murmuró la acusada con voz sombría.

Los testigos comparecieron para ser examinados: todos dieron cuenta de los hechos y de los gestos de Eufrasia durante la noche fatal: las mujeres, las vecinas, satisfechas de desempeñar algún papel en aquella lúgubre tragedia, encontraron el medio de poner de

acuerdo las palabras y los gestos de la acusada, con el hecho funesto que la llevaba ante el Tribunal; las escenas que había tenido con su marido; sus gritos de desesperación al verse abandonada; todo fue interpretado de una manera funesta, y la actitud de Eufrasia, su fisonomía irritada y amenazante, acababa de corroborar aquellos testimonios desfavorables.

Los testigos de descargo fueron oídos después; pero eran muy poco numerosos y no dijeron más sino que Eufrasia había sufrido mucho en su infancia y que niña ó mujer había trabajado siempre valerosamente.

El sustituto, vestido con la toga encarnada, se levantó, cuando la lista de los testigos fue terminada y empezó su requisitoria; trozo de elocuencia, en el que, partiendo de las consideraciones más elevadas acerca de la familia y de la santidad del deber maternal, se llegaba á las conclusiones más severas.

—Es preciso,—dijo,—una reprensión ejemplar, á un crimen que ha llegado á ser demasiado común y el de Eufrasia Senechal de Lahousse, ha sido cometido en circunstancias especiales de egoísmo y de crueldad; no es un recién nacido la criatura que ha herido, no es un hijo ilegítimo, vergüenza de su madre, á quien ha quitado la vida; no ha cometido su crimen bajo el imperio de la fiebre que sucede al doloroso trabajo del alumbramiento, no; lo ha cometido á sangre fría para desembarazarse de una carga im-

portuna, y ha sofocado con mano despiadada la desgraciada niña que había hallado vida en su seno, que le sonreía, que la conocía ya, ¡que muy pronto la iba á llamar con el sagrado nombre de madre! la justicia misma, por austera que sea, se siente algunas veces desarmada é indulgente, ante la joven seducida, deshonrada, que cree salvar su honra cometiendo en el delirio del sufrimiento un nuevo crimen: pero recobra toda su fuerza cuando se encuentra en presencia de una madre desnaturalizada á quien ni los lloros, ni la sonrisa inocente de su hija han podido enternecer; la familia y la sociedad nos han confiado sus derechos y por esto hacemos un llamamiento á vuestra justicia, señores Jurados, y requerimos para esta acusada la aplicación de la pena que la ley marca.

Seguidamente el Procurador del Rey enumeró con voz monótona y por su orden los artículos de los dos Códigos.

Un silencio de algunos instantes siguió á la requisitoria; un joven abogado, nombrado de oficio, se levantó, intimidado con las miradas del auditorio y consultando algunas notas escritas, empezó la defensa; era un primer discurso y la pobre Eufrasia sintió las consecuencias de aquel estreno; el novicio orador no tenía ni energía ni imaginación; acaso una palabra viva y expresiva que hubiera pintado la existencia entera de Eufrasia, los sufrimientos de sus primeros años, los funestos ejemplos que había tenido á la vista, la pasión que alimentaba por su

joven marido, las amargas decepciones que habían lacerado su corazón, el bárbaro abandono, la desgarradora miseria y la vuelta á la casa desnuda y vacía, quizá decimos, un hombre de corazón y de talento, hubiera ganado la causa de la pobre abandonada; un abogado experimentado hubiera descrito con vivo colorido y frases elocuentes el dolor de Eufrasia y hubiera recordado que la noche, la soledad y el infortunio le murmuraban al oído horribles pensamientos; quizá si una boca elocuente hubiera pintado el cuadro, hubiera conmovido y la voz, partiendo del alma, hubiera vibrado en otras almas: más el joven abogado se atuvo á la discusión de los puntos de derecho, y se fijó sólo en demostrar que la premeditación no podía ser aceptada.

Terminado su discurso se sentó, dejando á su auditorio tan frío como él mismo lo estaba.

Digamos para excusarle, que Eufrasia, en sus entrevistas con él en la prisión, se había limitado á contestar á sus preguntas, sin abrirle en manera alguna su corazón, aquel corazón que había quedado como un sepulcro de piedra, mudo, sordo y sellado.

El Presidente resumió los debates y los jueces se retiraron; pasado un cuarto de hora, volvieron á entrar en la sala y el Presidente, apoyando las manos sobre el pecho dijo:

—¡La acusada es culpable!

Admitidas las circunstancias atenuantes